

hacer comunidad de bienes; y otra bien distinta pretender hacer de ello un «sistema»...).

c) Otras veces, al decir socialización de los medios de producción, se entiende afirmar que los grandes medios, el planeamiento y el contralor de la producción y, especialmente, todo cuanto se refiera a los «órganos» vitales de un país: los transportes, las comunicaciones, la banca, la variada riqueza que esconde el territorio de la nación: petróleo, minerales, gas..., deben estar en manos del Estado. Por supuesto, no voy a discurrir sobre este problema, sino solamente señalar, ante todo, que se trata de una cuestión de técnica político-económica, vale decir, de «una decisión respecto a la elección y utilización de un medio para efectuar la justicia, esto es, el bien común» (Sampay) y que exigiría previamente conocer todo el alcance dado a los términos «medios de producción». Anoto, en segundo lugar, algo que está muy unido a lo anterior y que expresaría de manera interrogativa: ¿es cierto y realista que ello redunde en beneficio del bien común? Porque también está en cuestión su eficacia para el desarrollo *auténtico* de un país y una participación de *todos* en él, y no su paulatino hundimiento en la pobreza nacional. En tercer lugar, anoto el hecho nada infrecuente de hablar de socialización (más bien estatización) de los medios de producción, dejando ilegítimamente de lado una comprobación diáfana y evidente: en la mayoría de los países de estricta economía socialista, ni de lejos hay socialización ni participación política, puesto que todo el poder está en manos de un único y particular partido, a su vez manejado por un conjunto de burócratas, amos absolutos.»

IV. EL CAMINO HACIA EL SOCIALISMO.

Sin embargo, el camino hacia el socialismo sigue y se pregona por doquier.

Bajo la firma de J. Ulibarri, ¿QUE PASA? del 25 de noviembre de 1972, publicó el artículo "CON, DE, EN, POR, SIN, SOBRE, TRAS EL SOCIALISMO", en el cual, refiriéndose a noticias publicadas en el diario YA del 7 del mismo mes, se comenta:

«Seguimos leyendo el mismo diario, y en la página 25 encontramos la figura inversa, es decir, unas declaraciones fonéticamente asépticas tras de las cuales late un concepto peligrosamente próximo al socialismo. Nos hemos topado con unos nada discretos titulares que dicen: «Estamos decididos a concluir con

el negocio de la enseñanza.» —«Palabras del Ministro de Educación y Ciencia en el acto de apertura de la Asamblea Nacional de Dirigentes del S. E. M.» El texto, de Cifra, remacha: «Estamos decididos a concluir con el negocio de la enseñanza, a dar facilidades y a utilizar todos los medios para mejorar su calidad, a fin de conseguir no sólo una escuela obligatoria y gratuita, sino mejor», ha dicho el Ministro de Educación y Ciencia, don José Luis Villar Palasí, en el acto de apertura de la Asamblea Nacional de Dirigentes del Servicio Español del Magisterio.

»La vehemencia de estas palabras proyecta un cierto matiz peyorativo sobre la palabra negocio; en el medido lenguaje de los grandes políticos sólo se puede «estar decidido a concluir» con algo evidentemente anormal, irregular o malo; no se explica una decisión así de empírica y elemental contra una cosa buena sin más explicaciones. Ese negocio puesto en entredicho, ¿es brillante o modesto; lícito o inmoral?

»Por su estirpe eclesiástica, el «negocio» de la enseñanza es odiado e impugnado por los impíos y los socialistas, cuando debieran de respetarle precisamente por eso, que descarta su vinculación a los banqueros. Que éstos no inviertan en la enseñanza es señal indudable de que es un negocio o malo o modesto; si brillante fuera, sus destellos hubieran sido captados desde muy lejos por las águilas del capitalismo. Pero, no. No conozco ninguna cadena de colegios propiedad de nuestros grandes bancos. No es que todos los negocios pobres sean honestos y legítimos; pueden ser criminales. Pero, en general, son los negocios fabulosos los que se prestan más a sospechas y dudas acerca de su moralidad. El negocio actual de la enseñanza parece modesto, y como tal, honesto. Cuando menos, hasta que se demuestre lo contrario, y ante los tribunales de justicia para no incurrir en calumnia.

»Postergada, pues, la hipótesis de qué la decisión de concluir con el negocio de la enseñanza se justifique en el carácter inmoral del tal negocio, se puede suponer que esa decisión descansa en una hostilidad genérica a todo negocio, exuberante o raquítico, legal o delictivo. Esta hostilidad genérica a todo negocio es típica del socialismo. Confirma el carácter genérico de esta hostilidad el final de la frase, que no dice que se va a proceder a unos retoques accidentales del negocio hasta reducirle a unas proporciones honestas, sino que será suprimido totalmente y sustituido de cuajo por una enseñanza obligatoria y gratuita. Estos dos adjetivos son objeto de adoración por parte de los socialistas. ¿Por qué gratuita para quienes pueden pagarla?

Sólo hay una respuesta válida; tremenda, pero ciertísima: para implantar el socialismo en la enseñanza.

»¿Por qué no se decide alguien a concluir con el negocio de la fabricación de pan, o con el reparto de comestibles, o con el de la venta de zapatos? Hace años se pregonaba con tonos de melodrama, que en realidad eran de demagogia, que había que decidirse a concluir con el negocio de la medicina, y la medicina ha sido socializada. Que se haga ahora lo mismo con la enseñanza y después con el suministro de energía eléctrica, y con los teléfonos, y a la vuelta de unos años empleados en socializar poco a poco otras cosas, estaremos en condiciones de federarnos con la Unión de Repúblicas Socialistas y Soviéticas.»

V. A DONDE LLEVA LA UTOPIA SOCIALISTA CUANDO ALCANZA LA META DEL PODER ABSOLUTO.

El camino hacia el socialismo está lleno de optimistas promesas y de sueños maravillosos. Desciende por una pendiente, cada vez más inclinada, que invita a descender más rápidamente cuanto más se vaya avanzando hacia abajo.

Cada medida socializante produce en cadena, como consecuencia de su aplicación, una serie de nuevas medidas que discurren en igual sentido, tendentes a apuntarla y fortalecerla, así como a rellenar el vacío que como secuencia de aquélla va dejando la iniciativa privada cada vez más descorazonada. La presión fiscal actúa como acelerador de este proceso, pues las grandes empresas —nacionalizadas unas y convertidas las otras en beneficiarias, a la vez que en feudatarias, de los planes de la administración—, necesitan cada vez más ayudas que gravitan sobre el sector libre, cada día más reducido y oprimido.

Al final, una vez impuesto el régimen socialista, el poder —a la vez político, económico, social y cultural— viene a constituir la diana de todas las ambiciones, egoísmos y apetencias que no tienen otro terreno donde proliferar, por lo cual sus detentadores tratan denodadamente de defender todos esos poderes, pues la pérdida de cualquiera de ellos arrastraría la de los demás. No pueden permitir, si no quieren correr riesgo alguno a este respecto, ninguna libertad que pueda debilitar su posición. Han de tener todos los hilos en la mano: religión, información, cultura, enseñanza, todo debe ser "controlado" a ese fin.

Los resultados son lógicas consecuencias del sistema.

No puede haber en esos regímenes libertad religiosa. La Primavera de Praga ha resultado una prueba de ello. Por eso no nos extrañó leer en LE FIGARO del 30 de agosto de 1972 la crónica enviada desde Viena